



CONGREGATIO PRO CLERICIS

IV Domingo de Cuaresma - C

Citas:

Ios 5,9a.10-12:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9an3sbe.htm

2Co 5,17-21:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ayyc4e.htm

Lc 15,1-3.11-32:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ard4qo.htm

La liturgia de este Domingo tiene en su centro la conocida parábola de Lucas llamada comúnmente del “hijo pródigo” o del “Padre misericordioso”.

Los primeros tres versículos, que son una introducción a todo el capítulo 15 del Evangelio de Lucas, nos dan la clave de interpretación del texto, también porque presentan los “personajes reales” que luego son reproducidos por los aparecen en el relato.

Los personajes reales son: Jesús, los publicanos y los pecadores, los escribas y los fariseos. Estos últimos “murmuran” porque Jesús, contraviniendo la lógica farisaica de su tiempo, recibe a los pecadores, incluso compartiendo la mesa con ellos. La “murmuración” no es una simple crítica del comportamiento de Jesús, sino que suena a falsificación de la verdadera naturaleza de Dios y, en consecuencia, de la verdadera naturaleza del hombre. Y para devolver a Dios y al hombre su auténtica imagen, es que Jesús cuenta esta parábola.

Se trata de una parábola que “reconstruye”, según la dinámica de una película de ficción, la situación real en el tiempo de Jesús. En efecto, no es difícil distinguir en el padre de la parábola el comportamiento de Jesús que acoge a los pecadores; descubrir en el hermano menor a los publicanos y pecadores que se acercan a Jesús, no sin alguna ambigüedad o incertidumbre; distinguir en el hijo mayor a los escribas y fariseos en sus críticas a Jesús. Con la parábola, Jesús quiere animarnos a no quedarnos con la imagen que a menudo nos formamos de Dios y, en cambio, abrirnos al verdadero rostro de Dios, que no quiere que su casa esté habitada por *siervos*, sino por *hijos*.

Los dos hermanos del relato, aun siguiendo caminos diversos, tienen una característica en común: viven una vida de siervos. El primero, el hermano menor, adopta una “estrategia de la rebeldía”, pero naufraga. Dios respeta la libertad del hombre, pero la libertad de aquel hijo menor se transforma en esclavitud, que lo lleva a una situación de degradación. Y justamente en el momento de la soledad y el desaliento, se enciende en él un rayo de luz. Decide volver a casa, a, su padre.

Durante el camino de regreso prepara un “discurso” para su padre, un discurso que, en realidad, más que arrepentimiento revela interés, tanto que llega a pedirle que lo trate “*como a uno de sus obreros*”. Pero he aquí la sorpresa: el padre no le permitirá siquiera pronunciar el discurso, porque corre a su encuentro, abrazándolo y besándolo. Ese hijo vuelve como siervo, humillado en su dignidad de hijo que creía perdida para siempre, y, en cambio, reencuentra intacta su dignidad filial, porque su padre permanece obstinadamente fiel a su paternidad.

También el hijo mayor, que adopta la “estrategia del deber”, vive como un siervo. No sólo se enoja con el padre por la fiesta que ha hecho por el retorno de su hijo menor, sino que le echa en cara su propio “servicio”: “*Hace tantos años que te sirvo, sin haber desobedecido ninguna de tus órdenes*”. Estas palabras revelan una filiación nunca vivida, una paternidad nunca acogida, nunca reconocida, nunca amada. El padre, en cambio, le responde con el apelativo filial: “*Hijo, tú*

siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo". Este padre siempre ha vivido en una comunión de bienes y, sobre todo, de amor hacia ese hijo, mostrando su paternidad.

Los dos hijos se sienten y viven como "*siervos*". El hermano mayor es el símbolo de los escribas y fariseos, es decir, representa a los hombres "religiosos" que cumplen sí sus deberes, observan los preceptos, se esfuerzan en la observancia de las reglas, pero padecen del corazón.

Tienen el corazón de piedra, porque no se dejan sorprender por la novedad de un Dios que es misericordia; son incapaces de vivir la alegría de la fe. El hijo mayor es el retrato de tantos cristianos que viven en la Iglesia, pero antes que mirar el rostro misericordioso y lleno de luz del Padre, terminan por mirar hacia otro lado. De este modo alimentan el espíritu crítico, se dejan enredar por los celos y las envidias, están llenos de tristeza y bloqueados por el aburrimiento. Por eso presentan al mundo un Dios y un cristianismo que no son auténticos.

El hermano menor es el símbolo de los publicanos y pecadores, y puede representar a los "alejados", a los que, después de abandonar la Iglesia porque piensan que les quita la libertad y de haber experimentado el fracaso de una existencia alejada de Dios, les cuesta emprender el camino de retorno, porque no tienen aún una conciencia clara del verdadero rostro de Dios.

A unos y a otros, el Padre quiere revelarles su rostro verdadero, que no es el de un patrón, sino de un padre. Y lo manifiesta por medio de los gestos de la parábola: el *abrazo* al hijo menor, acompañado por todo lo que sigue. El *mejor vestido* es el signo de la fiesta, pero sobre todo de un hijo al que se le devuelve la dignidad filial: los siervos, efectivamente, visten un vestido corto. El *anillo en su dedo*, con el correspondiente sello, significa que ese hijo ha vuelto a adquirir su antigua y verdadera posición en esa casa. Las *sandalias* que los siervos calzan en los pies del hijo menor, son el signo de un hombre que ahora es libre: los esclavos caminan con los pies descalzos.

Con la parábola de hoy, precedida en el capítulo 15 de san Lucas por las de la oveja perdida y de la moneda perdida, Jesús nos revela el verdadero rostro de Dios y nos da a conocer la verdadera naturaleza de la conversión cristiana, "que no es tanto un proceso psicológico del pecador que regresa a Dios, como el cambio de la imagen de Dios que deben hacer el justo y el pecador. Convertirse significa descubrir el rostro de ternura que Jesús nos revela, volverse del yo a Dios, pasar de la decepción por el propio pecado –o de la presunción por la propia justicia– a la alegría de ser hijo del Padre" (Silvano Fausti).